

"meditación de la muerte". Creemos justa la apreciación porque, aun cuando el contenido pueda asimismo entenderse como una meditación sobre el tiempo o sobre la condición humana, ambos supuestos descansan necesariamente sobre idéntica concepción, siendo la muerte esencia de uno y límite insuperable de la otra. En nuestra opinión, palpita en el fondo del período de la obra de Espriu, que se cierra en 1966, la problemática fundamental del existencialismo. La operación analítica de Badosa es cierta y clara en su exposición. El crítico se va deteniendo sucesivamente en los libros de Espriu pertenecientes a esta etapa. En "Cementerio de Sínera" (Sínera: nombre simbólico. *Ar en ys*, invertido), "Las horas", "Mrs. Death", "El caminante y el muro", "Las canciones de Ariadna" y "Final del laberinto". En Espriu se da la poesía no solamente como comunicación, sino también como medio de conocimiento, y su lenguaje se halla "lejano de artificios". "Por don poético —dice Badosa—, el lenguaje de Espriu es nuevo y a la vez tradicional. El poeta ha empleado su imaginación verbal no en elaboraciones de barroquismos expresivos, sino en la consecución de una claridad, de una sencillez, de una pulcritud y pureza —no de una asepsia— a las que en seguida confiere un giro de buena retórica personal y distintiva". Hay también en Espriu, y el antólogo y traductor lo advierte, una vena satírica

que, al manifestarse ("Las canciones de Ariadna"), se produce como "la única actitud crítica que puede permitirse el poeta lírico... mediante la ironía y el sarcasmo elevados a categoría estética y a categoría de función cártica".

Lo formal se caracteriza, en este período de Espriu, por su economía expresiva, su sencillez; el contenido, por otra parte, está informado por un clima bíblico que proviene, sin duda, de sus lecturas, entre las que figura en primer término el "Eclesiastés".

Marca otra etapa diferente, si es válido hablar de etapas en su obra y no de un proceso de enriquecimiento, "La Pell de brau", "La piel de toro", singular aportación a la llamada poesía civil. Para Badosa, quizá por razones polémicas, este libro es "el árbol que no deja ver el bosque". El crítico prefiere la obra más metafísica de Espriu, superior, en su perspectiva, a la "poesía comprometida" última. Badosa pide que "La piel de toro" se entienda situada en el contexto de la obra total del poeta y no aisladamente, porque todos sus libros "dan sentido a un itinerario de experiencias poéticas".

Es muy probable que esta "Antología de Salvador Espriu" que Badosa acaba de publicar en catalán y en castellano encienda de nuevo la discusión. Esta será fecunda si viene con voluntad clarificadora, sin apasionamiento. ■

EDUARDO G. RICO.

EL SESAMO, PARA MARIN MEDINA

Otra edición del Sesamo. Tomás Cruz mantiene vivo, contra mil dificultades, un clima de interés hacia el concurso que subsiste en virtud de su mecenazgo. La pequeña historia del Sesamo, hay que reconocerlo, ha sido brillante.

En la noche del 20 de noviembre se concedió, tras una cena que tuvo lugar en la «cueva», y a la que asistieron críticos madrileños, así como una extensa representación de la prensa, la radio y la televisión, el correspondiente a 1969. Nombres ya muy conocidos —como los de Fernando Quiñones, Jorge Ferrer Vidal, Amado Blanco (el embajador de Cuba en el Vaticano), Clara Janés, Plans, Morales, etcétera— avalaban la calidad de esta «final» literaria. El Jurado, compuesto por Rafael Vázquez Zamora, Dámaso Santos, Juan Antonio Cabezas, Raúl Torres y el editor Francisco Izquierdo (que publicará la narración premiada), concedió este Sesamo a un casi riguroso novel, el profesor José Marín Medina, que ejerce su oficio en la barriada de Vallecas, autor de «La atadura».

El premiado —ex seminarista, escritor especialmente preocupado por los problemas formales— explicó apresuradamente a los informadores que le rodearon cuando se conoció la decisión, las características de su trabajo, un relato cuyo tema se basa en la soledad del individuo y su búsqueda de la liberación.

«La economía española, 1968. Anuario del Año Económico»



Concebido como instrumento de trabajo, este «Anuario del Año Económico» supone un serio intento de reunir, ordenar y dotar de un significado preciso a todo un conjunto amplio y disperso de materiales informativos sobre la economía española, tratando, de esta manera, de contribuir a elevar el nivel de información sobre problemas económicos del país, tarea imprescindible para poder formular juicios y objetivos adecuados.

Dividido en cinco grandes capítulos, se recoge, en el primero, un informe valorativo de los principales aspectos de la política económica española en 1968, haciendo hincapié en los condicionantes y limitaciones del actual sistema productivo. En el segundo se realiza una selección muy amplia de las más importantes y significativas posiciones y actitudes que sobre la Banca se han explicitado a lo largo del año pasado a través de la prensa, especializada o de información general. Los tres últimos capítulos se dedican, respectivamente, a la cronología del año económico, a una selección de la legislación económica y a una bibliografía sobre economía española, capítulo este último en el que se recogen más de 1.100 títulos de trabajos aparecidos durante 1968.

Dirigido por tres profesores de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de Madrid, colaboradores habituales de TRIUNFO, este primer Anuario supone una aportación muy considerable al conocimiento de la realidad económica española, hecho que se pondrá aún más de relieve con la aparición de sucesivos volúmenes en los próximos años. El libro ha sido editado por EDICUSA.

CINE

Encontré yugoslavos inquietos

El cine yugoslavo es tan desconocido entre nosotros como puedan serlo el húngaro o el checoslovaco. Y me refiero a estas cinematografías porque son, en la actualidad, las que marcan un más alto grado de interés artístico y crítico, no sólo dentro de la producción cinematográfica del campo socialista, sino en un plano internacional. La crítica francesa, que es la que pone de moda una u otra tendencia, llamó la atención respecto al cine yugoslavo gracias a dos nombres: Aleksandar Petrovic y Dusan Makave-



«Cuando esté muerto y livido», de Zivojin Pavlovic.

jev. Del primero hemos visto en salas de arte y ensayo «Encontré zingaros felices». Del segundo, «El hombre no es un pájaro», distribuida por la Federación de Cine-Clubs. Como siempre, poca cosa para hacerse una idea de la verdadera entidad de una cinematografía que ha empezado a destacarse del conjunto de la producción del bloque socialista. El Ateneo de Madrid ha organizado una Semana de Cine Yugoslavo, compuesta de seis films —aunque no se proyectaron más que cinco—, que contribuye al conocimiento de algunos títulos característicos de esta cinematografía.

Los dos films «vedettes» del ciclo eran «Llueve en mi pueblo», de Aleksandar Petrovic, y «Cuando esté muerto y livido», de Zivojin Pavlovic. No hubo sorpresa en ningún

caso, ya que «Llueve en mi pueblo» confirma la opinión que se había podido formar del autor de «Encontré zingaros felices»: un folklorismo complaciente y frívolo, un «modernismo» de la puesta en escena absolutamente hueco, un compromiso político con la reacción lamentable. Salvando todas las distancias, y para entendernos, al ver «Llueve en mi pueblo» se piensa en una mezcla de las zarzuelas televisivas de Orduña y de las películas virulentamente anticomunistas de Rafael Gil de hace unos años.

«Cuando esté muerto y livido» señala el punto más alto de interés de este ciclo. Su autor, Zivojin Pavlovic, es asiduo a Festivales —hace dos años consiguió en Berlín el Oso de Oro por «Las ratas»— y cuenta con cuatro films en su haber, a través de los cuales se manifiesta una conciencia lúcida, una actitud crítica responsable, en las antipodas de la desventoladura reaccionaria de Petrovic. Guionistas de «Cuando esté muerto y livido»

son Gordan Miric y Ljubisa Kozomara, realizadores de «Las cornejas», el otro film importante de los cinco exhibidos en el Ateneo.

Tanto en uno como en otro film se expresa, con bastante claridad, la que parece ser característica reveladora de este nuevo cine yugoslavo: una imperiosa necesidad de liberación, de huida, de rechazo de una circunstancia dada. La idea se manifiesta, narrativamente, por medio de un continuo peregrinar de los personajes a través de diversas ocupaciones inestables, provisionales, y siempre viajando de un lugar a otro, sin enraizarse en ningún sitio. De algún modo, tal problemática aparece también en «Mi parte en el mundo», de Vlatko Filipovic. Aquí se trata de una localidad desértica por los hombres que, en tiempos de